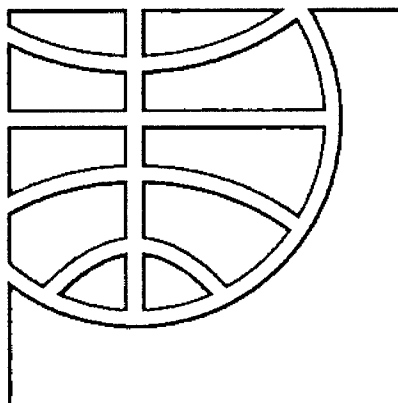


HORA INTERNACIONAL

Los dos meses finales de 1998 y los primeros días del 99 estuvieron caracterizados, a nivel mundial, por el fortalecimiento de la convicción de que hemos entrado en una etapa de seria recesión económica que requiere de remedios un tanto dirigistas más bien que neoliberales. Tanto China como la atribulada Rusia causaron preocupaciones al Occidente, a la vez que continuaba la crisis financiera de Asia Oriental. Una nueva guerra breve de las potencias anglosajonas contra Irak, simultánea con el cuasi-colapso del proceso de paz palestino-israelí y con la continuación de violencias fundamentalistas o integristas, demostró la inestabilidad del Medio Oriente y de otras zonas del Tercer Mundo.

En Norteamérica, la conspiración de la derecha contra un presidente de pensamiento progresista condujo a un dramático proceso de destitución. El hemisferio occidental y el resto del mundo, tienen los ojos fijados en la problemática interna de países latinoamericanos como Venezuela, Brasil, Colombia y Argentina.



Recesión y posible vuelta a un dirigismo moderado

En los dos meses finales de 1998, las regiones norteamericana y europea occidental mantuvieron un buen nivel de estabilidad económica y social, pero se mostraron cada día más preocupadas por los vientos perturbadores que soplaban desde las zonas en crisis: Europa Oriental, Asia Central y del Este, el Medio Oriente y, en general, la periferia en vías de desarrollo o de "transformación".

La crisis recesiva que afectó los mercados de Asia y la economía interna de sus países, aún no ha sido superada sino más bien presenta características de permanencia o de larga duración. Japón, país capitalista clave de la región, sigue sin política económica clara y adopta medidas circunstanciales y corto-placistas que no parecen ofrecer soluciones certeras. Como en meses anteriores, el efecto recesivo de la evolución asiática -producción y demanda muy disminuidas en esa región- se extiende al mundo entero: por falta de demanda en el Lejano Oriente, en el mundo entero la industria, el comercio y las transacciones financieras han sufrido golpes. En vista de que las áreas más desarrolladas (Europa y Norteamérica) están equipadas con diversos mecanismos parachoques que atenúan el efecto recesivo externo, todavía no han sufrido incremento de desocupación y de quiebra del aparato productivo, pero las regiones menos desarrolladas -entre ellas la América Latina- se han visto afectadas duramente. Al ser afectados grandes países en desarrollo tales como el Brasil, ellos a su vez se convierten en nuevos focos de peligro para los grandes baluartes de la industria y la finanzas del mundo.

NAL

Una de las reacciones de los centros industriales y financieros globales ha sido la intensificación de las operaciones de fusión o asociación de grandes empresas en el plano multinacional. Por su fusión, las transnacionales procuran reducir sus costos y racionalizar sus operaciones. La principal reducción de costo se aplica al área laboral: cada fusión o asociación se traduce en la eliminación de miles de puestos de trabajo. Con la resultante ampliación del ejército mundial "reserva" (es decir, de miserable y desmoralizador desempleo), decrece aún más la demanda global y se agrava el cuadro recesivo.

Ya los gobiernos mayoritariamente socialdemócratas de Europa Occidental han iniciado medidas para replantear la regulación de las transacciones financieras privadas por el poder público nacional e internacional. Y hasta representantes del capitalismo más pujante y típico, como lo es el gran especulador financiero George Soros, reclaman un control público sobre las transacciones bursátiles. Mostrándose de acuerdo con Carlos Marx en su análisis de las contradicciones del capitalismo aunque no en los remedios que propone (desearía un acuerdo negociado entre empresarios y trabajadores más bien que la expropiación de aquellos por estos), Soros afirma que es falso que el mercado por sí solo tienda hacia el equilibrio y el interés colectivo: para que estos existan, debe intervenir la mano del Estado. Continúa la exposición de sus ideas este gran hombre de negocios húngaro-estadounidense, diciendo que el FMI, en lugar de dar consejos erróneos y socialmente crueles a los países en desarrollo, debería convertirse en una suerte de Banco Central del mundo, empeñado en corregir desequilibrios mediante pagos o créditos compensatorios.

China y Rusia, potencias incontroladas

El clima de dudas, desconcierto y preocupaciones que domina las actuales deliberaciones de los decisores del Occidente, se ve reforzado por la actuación de China (titán que abarca más de una quinta parte de la población del mundo) y de Rusia (coloso territorial con pies de barro).

En China, el proceso de descentralización y liberalización que se lleva a cabo desde hace veinte años, bajo la inspiración y el control primero de Deng Xiaoping y ahora de Jiang Zemin, ha conducido a una notable modernización y un pujante crecimiento productivo, así como al mejoramiento de la condición de vida de vastos contingentes humanos. Pero también ha tenido el efecto de causar desfases y contradicciones entre regiones y sectores sociales: las provincias más ricas y más pobres, y los grupos populares beneficiados por la reforma o excluidos de ella. Con ello, se ha venido diluyendo la disciplina y autoridad del Partido Comunista que, con su doctrina de la "economía de mercado socialista" (es decir, sistema mixto entre la planificación central y la libre empresa), conserva el carácter de exclusiva entidad rectora del país. Existen fuerzas centrífugas que, de hecho, colindan con la autoridad del PCCh. Sobre todo los gobernadores regionales tienden a desoír al gobierno central y a anteponer los intereses de sus provincias a los de la nación en su conjunto. En ello se ven alentados por intereses comerciales e inversionistas del Occidente, que buscan provecho en el debilitamiento del poder socialista central y la ampliación del sector capitalista de esa economía mixta de equilibrio precario.

Por otra parte, no obstante la capacidad del sistema mixto chino de resistir al contagio de las crisis de desinversión y de recesión de los demás países de Asia Oriental y de mantener, pese a ese entorno turbulento, una alta tasa de crecimiento interanual, parece haber llegado el momento en que podrían derrumbarse parcialmente los diques de contención de la crisis externa. Las exportaciones chinas se han visto mermadas dramáticamente por la contracción de sus mercados naturales, y la única manera de mantener una balanza favorable ha consistido en rebajar fuertemente el nivel de las importaciones, con lo cual se ha afectado la actividad y el bienestar internos.

Ante esa amenaza de recesión y de crisis socioeconómica, no es sorprendente que el Partido Comunista y el gobierno de Pekín (Beijing) hayan reaccionado con energía en contra de recientes intentos por elementos disidentes de crear un Partido Democrático de oposición para plantear abiertamente la tesis de la democracia representativa pluralista y de la restauración del sistema capitalista. El incipiente PD ha sido declarado ilegal y sus promotores fueron enjuiciados y condenados a severas penas de prisión. Conocedor de la historia china -tradicionalmente los partidos de oposición han servido de apoyo a corrientes separatistas, y en diversas oportunidades pasadas la nación estuvo dividida entre Estados soberanos antagónicos-, el PC considera necesario mantener su monopolio del poder. La única democratización política que concibe por los momentos, sería una ampliación de la libre discusión y del respeto a la diversidad de criterios en su propio seno. Junto con ello, es probable que en los meses venideros la diplomacia china se muestre particularmente celosa de la soberanía.



HORA INTERNACIONAL

nía nacional y sensible ante cualquier asomo de injerencia extranjera.

Rusia, por su parte, está causando preocupaciones internacionales crecientes por el galopante empeoramiento de su situación socioeconómica interna y de su impagable endeudamiento exterior. La tragedia vivida por esa grande y admirable nación comenzó en la década de los sesenta, cuando el socialismo deformado y burocrático comenzó a perder el contenido ético de aquel "panteísmo humanista" que Teilhard admiraba, y cayó en la corrupción y la desidia. Incapaz de absorber las innovaciones científico-tecnológicas indispensables, el sistema perdió la competencia con Occidente. Cuando Gorbáchov trató de reformarlo por dentro, ya era tarde. Además, a ese líder le faltaba grandeza de visión y de estrategia: su "glasnost" lo llevó de entrega en entrega sin saber a dónde iba. (Es sólo ahora, a fines de 1998, que Gorbáchov ha revelado a un periodista español que su ideología es la socialdemócrata y que anhela "una síntesis entre socialismo y libertad democrática"; jamás aclaró tal cosa a su desorientado pueblo en los años 1985 - 1991).

A partir de 1991, un Boris Yeltsin pragmático, de rumbo a veces incierto y agobiado por problemas de salud, con el apoyo de asesores occidentales equivocados y a veces irresponsables, trató de alentar una transición hacia el capitalismo extremo y salvaje, con base en la liquidación completa del sistema de seguridad social y laboral que, con todas sus fallas y su pobreza, había hecho tolerable la vida humana en la época soviética. Ese capitalismo ruso fracasó rotundamente: no existe en Rusia ninguna burguesía o clase empresarial privada con experiencia y sentido ético. Los medios de producción y de intercambio se encuentran en manos, o de una oligarquía inmoral formada por exgerentes soviéticos que se apropiaron las empresas que antes eran del Estado, o de nuevos elementos surgidos de la base de la sociedad y en muchos casos influidos por el espíritu delictivo de las "mafias" que a su

vez constituyen un importante ingrediente del caos socioeconómico actual. Por la inmoralidad de "empresarios" que sólo piensan en especular, en enriquecerse desmesuradamente y en enviar su dinero al exterior, que no pagan impuestos y muestran un cinismo desconcertante, Rusia ha caído en la catástrofe: millones de personas, desocupadas y abandonadas, literalmente enfrentan el peligro de muerte por hambre; el valor de la moneda nacional (rublo) ha caído casi a cero; la deuda externa es impagable; el nivel de salud del pueblo ha bajado hasta el punto de que la esperanza de vida masculina ha disminuido en más de diez años. El Estado ha sido incapaz, desde hace casi un año, de pagar los salarios y sueldos de sus trabajadores y empleados.

Como era de esperarse, la rabia popular ha ido creciendo. Se fortalecen las agrupaciones políticas de extrema izquierda y de extrema derecha. Lamentablemente no es el socialismo revisado y algo liberalizado que ofrece el Partido Comunista de Yuri Ziugánov la fórmula que más atrae a los radicalmente descontentos, sino más bien los planteamientos ultranacionalistas, neo-imperialistas y racistas (idiotamente antisemitas y antiarmenios) de las formaciones de extrema derecha fascistas.

Si Rusia, a partir del año próximo o del 2000, cayera bajo control extremista, se podría esperar una nueva era de relaciones conflictivas entre ella y el Occidente. La única alternativa saludable -pero que tendría que presentarse rápidamente- sería la clara definición de un programa y movimiento que pusiera fin al caos económico actual y prometiera un sistema de capitalismo regulado y social dentro del marco de la democracia política: algo parecido al "Nuevo Trato" de Franklin Roosevelt en los Estados Unidos de los años treinta. El Occidente tendría que dar apoyo financiero masivo a tal programa para que tenga éxito.

Medio Oriente y mundo musulmán, violentos

En diciembre ocurrió una nueva breve "guerra del Golfo". Ante la decisión del presidente-dictador Sadam Hussein de prohibir la continuación de las actividades de la Comisión de la ONU encargada de verificar el desarme químico y biológico en su país, el gobierno norteamericano, seguido del inglés, inició un intenso bombardeo a objetivos estratégicos en Irak. El daño material causado fue grande y parece haber sido considerable la pérdida de vidas de gente inofensiva.

Esta vez, las potencias anglosajonas no contaron con la amplia aprobación internacional que habían recogido en la oportunidad de la primera Guerra del Golfo en 1991. Rusia y China censuraron severamente el ataque a Irak y Francia manifestó su discrepancia en forma más matizada. Los países árabes, con la excepción de Kuwait, manifestaron su desacuerdo (en diversos grados de intensidad) con la acción militar anglosajona. La posición estadounidense y británica se debilitó aún más cuando dos periodistas norteamericanos revelaron datos indicativos de que, efectivamente tal como lo había dicho Sadam Hussein, algunos integrantes de la Comisión de la ONU -y especialmente su jefe, el australiano- habían efectuado labores de espionaje en beneficio de los servicios secretos de Washington. En general, la acción violenta de los señores Clinton y Blair, en lugar de beneficiar la causa occidental, le hizo daño ante los ojos del mundo y tendió a fortalecer el odio de los islamistas (musulmanes fanáticos) contra las potencias hegemónicas.

En la tierra Israelo-palestina, continuó el deterioro del proceso de paz iniciado años atrás por Rabin y

Arafat. El primer ministro israelí Benjamín Netanyahu, únicamente guiado por los intereses de la extrema derecha sionista (en contra del sentir democrático y pacífico de por lo menos la mitad del pueblo judío), buscó un pretexto tras otro para demorar la aplicación de los acuerdos recientemente suscritos bajo presión norteamericana en la Plantación de Wye. Pero al final las tácticas negativas del premier israelí se volvieron insostenibles: reventó su coalición gobernante y se convocó al pueblo para unas elecciones generales anticipadas en abril de 1999. En dichas elecciones, es muy posible que salga con fuerza predominante el Partido Laborista, partidario de la reanudación de un proceso de paz sincero.

En Argelia, Irán, Afganistán y Pakistán, grupos islamistas extremos cometieron tropelías y atrocidades contra los musulmanes más moderados y liberales. Sociológicamente afín al fascismo, el integrismo islamista recoge las sentidas protestas sociales y culturales de capas medias y populares empobrecidas y descontentas, pero enfoca dichas protestas no hacia la búsqueda de un porvenir más humano y libre, sino hacia el afán de resucitar un orden medieval autoritario y represivo.

Impeachment y enjuiciamiento

Como lo señaló el politólogo Jorge Castañeda, la rabia frenética de la derecha norteamericana contra el Presidente Clinton y su esposa Hillary no se explica únicamente por la orientación progresista de esa pareja en materia de medidas socioeconómicas concretas (los Clinton se muestran más bien moderados y dispuestos a la transición en ese plano), sino sobre todo por la amenaza cultural que el progresismo demócrata significa para los valores tradicionalistas. Una forma de pensar y de actuar, urbana más bien que rural, tolerante, dinámica, emancipadora e igualitaria con respecto a las razas, las clases, los sexos y las conductas humanas, que caracteriza a los Clinton y a todo el centro-izquierda de la política norteamericana, agrede y ofende a la cultura vieja, estática, mojigata y represiva.

La reacción cultural, social y económica lanzó contra Clinton la más abyecta campaña de insinuaciones y acusaciones sexuales y lo provocó conscientemente hasta enredarlo en mentiras explicables sobre temas que jamás deberían ser examinados a la luz pública: deslices lujuriosos que pertenecen al ámbito del confesionario y no del tribunal. La caza al hombre urdida por la derecha culminó, el día 19 de diciembre último, en una decisión mayoritaria (y partidista republicana) de la Cámara de Representantes de llevar al Presidente a juicio de destitución ante el Senado. Fue la segunda vez en la historia de los Estados Unidos que tal cosa ocurría (la primera a Johnson en 1868).

Es muy probable que el Presidente Clinton resulte absuelto (con algún tipo de censura o regaño público) por los senadores. Su estatura de gobernante inteligente, generoso y progresista no quedará permanentemente disminuida. El perjuicio lo sufrirá la reputación de Estados Unidos como país maduro y capaz de ejercer el predominio mundial.

Interrogantes latinoamericanas

Durante el mes transcurrido, la opinión pública internacional mostró vivo interés por saber: a) ¿cuál será en definitiva el carácter del futuro gobierno del Presidente electo venezolano Hugo Chávez Frías?; b) ¿logrará Brasil, conducido por el Presidente Henrique Cardoso, superar la seria crisis recesiva que lo afecta y que amenaza con arrastrar al resto del continente?, y c) ¿cómo resolverán sus respectivas dificultades de políticas internas los importantes países que son Argentina, Colombia y México?.



Construyamos
juntos el país
que queremos